

LA IMAGEN DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO EN LA LITERATURA¹

Juan Carlos Carrillo
Adrián J. Sáez
3º Filología Hispánica
Universidad de Navarra

INTRODUCCIÓN

No es nada nuevo destacar la unión entre literatura y vida. Ya Aristóteles indicaba que la tragedia era mimesis de praxis, imitación de la vida, y Cicerón afirmaba que la comedia era *speculum vitae*. El crítico y estudioso de la literatura Francisco Ayala sostiene que la literatura es «memoria perfeccionada», y para Armando Fumagalli, Catedrático de Semiótica, «las historias dan forma a la vida, ya que pueden señalar líneas y claves en un mundo que es complejo y confuso»².

Así, cualquier esfera de la vida puede reflejarse en los textos, ofreciendo a la par entretenimiento y diversión, según el clásico «*delectare aut prodesse*»³. En suma, si la vida se refleja en la literatura, la Universidad como integrante de la realidad, habrá de aparecer también. El panorama es ciertamente amplio, por lo que ahora ofreceremos algunos ejemplos significativos de la literatura española, aunque con algunas referencias a otras literaturas europeas.

Para comenzar, puede verse cómo dice Cesare Ripa en su *Iconología* de 1593 que se debe representar al estudiante, ya en escritos, ya en imágenes, resumiendo la tradición anterior:

Joven de pálido rostro vestido con modesto atuendo. Estará sentado sosteniendo un libro abierto con la siniestra, mirándolo atentamente, mientras con la diestra sujeta una pluma en actitud de escribir. A su lado se ha de poner un gallo y una luz encendida. Se pinta joven porque en dicha edad se suele ser más apto y resistente para las fatigas del estudio. Aparece pálido porque los estudios suelen extenuar y agotar el cuerpo [...]. Viste ropas modestas, porque los estudiosos suelen atender con exclusividad a las cosas moderadas y sencillas. Y se pinta sentado, mostrando la quietud y asiduidad que el estudio requiere. La atención fija y volcada sobre el libro abierto, muestra cómo el estudio no consiste sino en una vehemente aplicación del ánimo al conocimiento de las cosas. La pluma que sostiene significa la operación y la intención que cuando se escribe se manifiesta de dejar memoria de sí mismo. La luz que mantiene encendida muestra que los estudios consumen más aceite que vino, Y en cuanto al gallo, muchos lo ponen por su solicitud y vigilancia, siendo ambas cosas convenientes y necesarias si de estudiar se trata⁴.

COMIENZA EL CAMINO: LAS PRIMERAS UNIVERSIDADES EUROPEAS

1. Después de las primeras fundaciones de universidades por los árabes, las instituciones universitarias cristianas florecen a partir de la Universidad de Bolonia (1088): Oxford, París, Módena, Cambridge, etc. Sin embargo, la afincada en Salamanca

¹ Agradecemos al Prof. D. Carlos Mata la amabilidad y entusiasmo que ha añadido a la inestimable dirección que nos ha brindado. Este trabajo es un primer acercamiento a un amplio campo que requiere indagaciones posteriores.

² Fumagalli, 2006, pp. 16-29.

³ Horacio, *Arte poética*, v. 333.

⁴ Ripa, *Iconología*, II, pp. 386-87.

y fundada en 1218, donde estudió Fernando de Rojas, entre otros, fue la primera que ostentó el título de Universidad gracias a un edicto de Alfonso X el Sabio en 1253. El mismo rey de Castilla y León es importante para la historia de la Universidad, tanto en el ámbito histórico como literario, porque es autor ('promotor') de *Las Siete Partidas* (1265)⁵.

Se trata de un libro de leyes, cuya intención es servir de texto jurídico, pero igualmente es relevante por su faceta literaria y cultural⁶. Además, recoge una de las primeras formulaciones corporativas de lo que sería la Universidad europea, concretamente en el Libro II, Título 31: «De los estudios en que se aprenden los saberes, y de los maestros y de los escolares». Partiendo de una definición de estudio como «ayuntamiento de maestros y de escolares, que es hecho en algún lugar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes» (II, 31, 1), diferencia el «*estudio general*», que abarcaba el *trivium* y el *quadrivium*, y el «*estudio particular*». Añade que las villas donde se afincaren han de ser hermosas y bien abastecidas, los estudiantes han de ser protegidos de ataques y robos y «los ciudadanos de aquel lugar donde fuere hecho el estudio deben mucho honrar y guardar a los maestros y a los escolares, y todas sus cosas» (II, 31, 2). A su vez, los maestros han de enseñar «leyéndoles los libros y haciéndoselos entender lo mejor que ellos pudieren» (II, 31, 3), es decir, comentando las lecturas de las materias. Importante labor es la del «*rector*» o «*regidor del estudio*», quien debe evitar disputas y aconsejarles

que se guarden en todas maneras que no hagan deshonor ni tuerto a ninguno, y prohibirles que anden de noche, mas que queden sosegados en sus posadas, y se esfuercen en estudiar y en aprender y en hacer vida honesta y buena, pues los estudios para eso fueron establecidos, y no para andar de noche ni de día armados, esforzándose en pelear o en hacer otras locuras o maldades en daño de sí y en estorbo de los lugares donde viven; y si contra esto viniesen, entonces nuestro juez los debe castigar y enderezar de manera que se aparten de mal y hagan bien (II, 31, 6).

Las diferencias con la época presente no es necesario resaltarlas. El estudiante es visto muy positivamente, desde un punto de vista casi idílico, lo cual se entiende por la naturaleza normativa del texto en cuestión, que apunta a los deberes y jurisdicción de los estudiantes, más que a la propia realidad de la época.

2. Casi dos siglos después, en las islas anglosajonas, Geoffrey Chaucer en sus *Cuentos de Canterbury* (finales del s. XIV) nos presenta a un estudiante, en el original «*clerk*», término que designa a cualquier persona que supiera leer o escribir, y que hemos traducido por «estudiante» por el hecho de que es «de Oxford». Se sitúa dentro de la galería de personajes ofrecidos por el autor: un caballero, un escudero, un monje, un mercader, un hacendado, un mercero, un carpintero, un cocinero, un marino, un médico, una comadre, etc. Así, se trata de un mero tipo social al igual que los demás personajes. El estudiante es pobre y amante de la sabiduría:

Prefería más bien tener en la cabecera de su lecho veinte libros, encuadernados en negro o rojo, de las obras filosóficas de Aristóteles que vestidos ricos, un violín o un salterio. [...] Todo lo que pudiera obtener de sus amigos lo invertía en libros y en aprendizaje (I, p. 72).

Y es visto como un erudito por la sociedad. Le dicen:

⁵ Para la historia de las universidades españolas y europeas, ver, entre otros, Jiménez Fraud, 1971; Iyanga Pendi, 2000.

⁶ Ver Deyermond, 2003, pp. 154-73.

Contadnos alguna cosa agradable de aventuras, guardaos vuestros tecnicismos, vuestras figuras retóricas y vuestras metáforas en el tintero hasta que escribáis con un estilo elevado, como cuando se escribe a los reyes. Os ruego que habléis tan llanamente que podamos entender lo que digáis (IV, p. 259).

Nótese ya como su condición de intelectual lo diferencia de los otros, y le otorga cierta superioridad, aunque es visto como un estudioso distanciado de la realidad cotidiana.

EL ESPLENDOR DEL SIGLO DE ORO

Al auge del imperio español en los siglos XVI y XVII le acompaña una etapa de esplendor de las universidades españolas: Alcalá de Henares y Salamanca superan a otras universidades europeas. Insignes plumas como Fray Luis de León, Francisco de Quevedo, Miguel de Cervantes o Pedro Calderón de la Barca cursan estudios universitarios, y los conocimientos allí aprendidos se aprecian en sus obras al menos de modo distinto al de otros escritores autodidactas como Félix Lope de Vega. La Universidad se refleja constantemente en los textos. Por citar un caso, *El bobo del colegio*, de Lope de Vega se centra en la ciudad universitaria de Salamanca y en sus costumbres y tradiciones estudiantiles.

La literatura aurisecular se basa en la acción, no en los personajes, lo cual ha sido causa de múltiples interpretaciones erróneas⁷. No se trata del drama humano de Shakespeare, lo cual no significa que las obras sean peores. Tan sólo indica que tanto novelas como comedias y entremeses se nutren de una serie de personajes que desfilan por sus páginas, con un tratamiento dispar según convenciones y aportaciones personales de los autores: médicos, barberos, viejas, lindos, enanos, zapateros, sastres... y, cómo no, estudiantes⁸. En general, la imagen del estudiante en la literatura y el folclore del Siglo de Oro es muy negativa, con escasas excepciones. Sin embargo, el ambiente abarcaba estudiosos y pícaros, como escribe Mateo Alemán en el *Guzmán de Alfarache*:

Si son recogidos, hallan sus iguales; y si perdidos, no les faltan compañeros. Todos hallan sus gustos como los han menester. Los estudiosos tienen con quién conferir sus estudios, gozan de sus horas, escriben sus lociones, estudian sus actos y, si se quieren espaciar, son como las mujeres de la montaña: donde quiera llevan su rueca, que aun arando hilan⁹.

Pero genéricamente el estudiante hurta, gasta novatadas, es pependenciero, aficionado al juego, etc., y siempre es pobre y viste y come mal. Así, Coquín, a la pregunta sobre su estado por el rey en *El médico de su honra* de Calderón responde «a lo estudiante»:

«De corpore bene,
pero de pecunis male»
(vv. 1451-52)

⁷ Característica resaltada por Parker, 1976.

⁸ Ver Chevalier, 1982 y también, para ejemplos de los tipos en la literatura, Quevedo, *El buscón*, *Los sueños* y sus poemas satírico-burlescos. Y para la picaresca, Casaldueiro, 1979.

⁹ *Guzmán de Alfarache*, III, 4, pp. 813-14.

Mediante el empleo cómico de latinajos, ha recreado el tópico del estudiante pobre o capigorrón, es decir, del criado al servicio de un estudiante que podía acudir a las lecciones con su amo, como en el caso del *Buscón* de Quevedo. Sin embargo, las diferencias afloran en el mismo estudiante y precisamente esta rica diversidad nos obliga a atender a este periodo detenidamente. Entre el abundante material de la época, hemos establecido una clasificación provisional para este tipo.

1. En primer lugar, se halla el astuto e industrioso, que se burla de los demás. Ha de espabilarse en su situación, pues «hombre pobre todo es trazas», reza el dicho. Es el caso de Basilio del *Quijote* (II, 19-22), quien, enamorado de Quiteria y desplazado por el rico Camacho, finge suicidarse con una espada en la boda de estos para casarse moribundo con su amada; al final, todo resulta un engaño y a los gritos de «¡Milagro, milagro!», responde Basilio: «¡No milagro, milagro, sino industria, industria!» (II, XXI, pp. 879-80). O Felipe, enamorado que simula ser profesor de latín para acercarse a su amada en *Marta la piadosa* de Tirso de Molina, causando situaciones cómicas, como cuando comienzan a estudiar latín y declinan¹⁰:

DON FELIPE	¿ <i>Quis putas?</i> ¿ <i>Quae putas?</i>
DOÑA MARTA	¡Ay, que me ha escandalizado! ¡Jesús! No quiero aprender Gramática licenciado.
DON FELIPE	¿Pues por qué?
DOÑA MARTA	Por no saber latín tan desvergonzado. Quite, quite, que es lascivo arte y no concierto con la vida que yo vivo; llame alguno que convierta tan torpe nominativo. ¿En la boca he de tomar tal cosa?
DON GÓMEZ	No hay que receles.
DOÑA MARTA	¿No? Sepa que me ha de dar nominativos donceles si tengo que declinar.
DON FELIPE	¿ <i>Quis putas?</i> quiere decir ¿quién piensas?
DOÑA MARTA	Pensadlo vos, que yo no pienso admitir tal cosa, ¡Jesús de Dios!, no hay hablar, no hay persuadir.
DON GÓMEZ	¿Eso te da pesadumbre? Si la latina costumbre lo usa ¿por qué refutas el declinar a <i>quis putas?</i>
DOÑA MARTA URBINA	¡Jesús! ¡Jesús! Ni por lumbre. Es muy honesta, y en fin el sonido la convida a tenelle por rüin.

¹⁰ El gracioso Tello de *El caballero de Olmedo* de Lope de Vega se ofrece como maestro de latín, en una intervención cuajada de bromas y alusiones chistosas (vv. 1463 y ss.).

DOÑA MARTA No más latín en mi vida.
¡Jesús! ¿esto era latín?
(vv. 2078-118)

Estas burlas señaladas pueden ser justificadas, con alguna intención, o por mera diversión. Y nadie escapa de la burla: pescozones, alfilerazos, mamonas, coces, gargajos, gotas de aceite vertidas sobre vestidos, escaparse sin pagar de una taberna, etc.

2. Es interesante la variante del estudiante ingenioso en extremo, cuya sabiduría se identifica con el demonio por haber estudiado en la cueva de Salamanca, tradición arraigada en el folclore. *La cueva de Salamanca* de Cervantes y *El astrólogo fingido* de Bances Candamo recrean este argumento, que más adelante enlazará en el Romanticismo con *El estudiante de Salamanca* de Espronceda¹¹.

3. De amores se ocupa igualmente el estudiante, que apenas se acerca a los manuales de estudio. Al anterior Basilio, cabe sumarse don Tomás Carriazo de *La ilustre fregona*, una de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, quien decide huir junto con su amigo don Juan de sus estudios universitarios y partir en busca de la atractiva vida picaresca, deteniéndose en Toledo ante el enamoramiento de uno de ellos por la sirvienta Constancia. O Grisóstomo, capaz de suicidarse al ser desdeñado por Marcela (*Quij.*, I, 12-14). Pero puede exagerarse ridículamente en el estudiante mujeriego y aficionado a las prostitutas que malgasta su dinero en cortejar a mozas de buen ver:

Como el otro hijo de un buen hidalgo, a quien enviándole su padre a Salamanca para que estudiase, dándole lo más que pudo para su curso, al salir de casa le dijo:

- «Ya ves, hijo mío, la poca hacienda que tenemos, y que entre tantos hermanos como tienes no es posible sino que tengas muy poca hacienda de tu parte. Pídote, por el amor que te tengo o como padre a quien debes obedecer, que estudies y trabajes como persona que va a Salamanca no a otra cosa, y que gastes con prudencia lo que fuere necesario».

Partióse el mozo, entró en escuelas, curso algunos días. Pasando por la ciudad, acertó a ver una negra mujer que le llevó los ojos; dio en festejarla, servirla y pretenderla, gastando en esto más horas y tiempo que en los Baldos; y consumiendo el dinero que había traído para seis meses, afligido por verse sin blanca, escribió a su padre suplicándole le socorriese con cincuenta ducados y que no entendiase que había echado a mal lo que le había dado, pues en Dios y en su conciencia que lo había gastado con Prudencia; verdad, pues así se llamaba su dama¹².

4. El ridiculizado y caricaturizado según sus vicios es probablemente el más frecuente en textos áureos, por el concepto de comicidad manejado, que supone una víctima. Se observa una presentación del escolar como holgazán, ignorante y tonto¹³, como en el siguiente cuento popular:

Mandaron a un estudiante, yendo a cazar, que no hablase, porque espantaría los conejos. Y dijo cuando los vio:

- *Ecce coniculi multi*.

Y como se espantasen y le riñesen, respondió:

- ¿Quién había de pensar que los conejos sabían latín?¹⁴

¹¹ Ver Chevalier, 1982, pp. 5-6.

¹² Alcalá Yáñez, *Alonso, mozo de muchos amos*, I, 1, pp. 242-43. Ver, además, Chevalier, 1982, pp. 10-11.

¹³ Ver Chevalier, 1982, pp. 11-17.

¹⁴ Melchor de Santa Cruz, *Floresta española*, IV, viii, 7, p. 128. Citado en Chevalier, 1982, p. 13.

O las crueles burlas sufridas por Pablos en *El buscón* de Quevedo. A su llegada a la universidad, es tratado como un apestado, hasta que le amenazan con lanzarle «gargajos», acabando tras «la batería» «nevado de gargajos» (I, 5, p. 91). Y aun cuando estudia es objeto de risas: el paso de Guzmán por la universidad¹⁵ es ridiculizado por Cervantes en el *Coloquio de los perros*, volviendo al pícaro hablador del revés y convirtiéndolo en perro parlante con conocimientos de latines.

No obstante, este concepto del estudiante no debe igualarse con la realidad, pues es obvio que no todos actuaban así. Burlones, algo ladrones, mujeriegos, holgazanes, tontos, sí, pero otros igualmente estudiaban, aunque probablemente eran menos interesantes desde el enfoque literario¹⁶.

LA ILUSTRACIÓN Y SUS CAMBIOS

La entrada de la Ilustración en España, amén de causar numerosos cambios por todos conocidos, conllevó un giro en el rumbo de la nave universitaria: los jesuitas son expulsados por constituir un peligro para Carlos III y la lengua de cultura comienza a ser el español en detrimento del latín. En la modesta literatura del siglo XVIII en España, donde domina el ensayo, puede destacarse a Benito Jerónimo Feijoo y su papel de lucha contra las supersticiones y su afán de difusión cultural y a Gaspar Melchor de Jovellanos en sus propuestas de mejora de las universidades¹⁷. En el extremo opuesto está el peculiar Diego de Torres Villarroel, imitador mediocre de Quevedo que se valió de su puesto como profesor de Matemáticas en la Universidad de Salamanca para volar en alas de la fama en sus polémicos textos de ficción autobiográfica. La Corona estimula los viajes de formación y estudio en el extranjero, beneficiando a intelectuales como Fernández de Moratín y otros. A partir de 1789 se comienzan a publicar póstumamente las *Cartas marruecas* de José de Cadalso: Gazel es un musulmán de viaje por España que se dedica a conocer el país, la cultura y las costumbres españolas de la mano de su amigo Nuño, remitiendo sus opiniones e impresiones a su maestro Ben-Beley, quien está en Marruecos. A través de las cartas cruzadas entre los tres personajes, se ofrece una reflexión sobre España y sus gentes, criticando la decadencia y el atraso de la nación, entre otros muchos temas.

ROMANTICISMO

Con el triunfo y la exaltación del subjetivismo a partir del siglo XVIII, comienza a primar la individualidad de cada personaje frente al tipo social que represente. Ser estudiante para don Félix de Montemar, el célebre protagonista de *El estudiante de Salamanca* de Espronceda (1840) no es relevante, daría igual que fuese carpintero, príncipe o pescador. Tan sólo contribuye a su caracterización en cuanto a la mala fama de los estudiantes desde el comienzo de los tiempos y enlaza con una larga tradición que incluye la diabólica creencia de la cueva de Salamanca, la leyenda del estudiante Lisardo y el mito de don Juan¹⁸. Sin embargo, sí es un personaje inserto en un esquema conocido de seducción y maldad que todavía carece de personalidad propia como ente literario.

Elocuentemente, se nos describe así:

¹⁵ Guzmán de Alfarache, II, iii, 10.

¹⁶ Chevalier se sorprende de que esta visión se extienda a los escritores, pues encuentra únicamente justificación para la opinión popular: la desconfianza a los que dominan la escritura (1982, p. 14).

¹⁷ Ver Coronas González, 2008.

¹⁸ Ver, por ej., González, 1991, pp. 222-23.

Segundo don Juan Tenorio,
alma fiera e insolente,
irreligioso y valiente,
altanero y reñidor:

Siempre el insulto en los ojos,
en los labios la ironía,
nada teme y todo fía,
de su espada y su valor. [...]

En Salamanca famoso
por su vida y buen talante,
al atrevido estudiante
le señalan entre mil;
fuero le da su osadía,
le disculpa su riqueza,
su generosa nobleza,
su hermosura varonil.
(vv. 100-07 y 124-31).

Este titánico ser simboliza y sintetiza «una compleja realidad humana, hecha de juventud, rebeldía permanente, audacia temeraria, misteriosas proclividades ultratelúricas y, por supuesto, irreprimible afición al trato femenino, como una de sus más perversas inclinaciones, junto al hábito de las tabernas y la lujuriosa encadenación al juego»¹⁹. Por tanto, se ve que lo prioritario no es su condición de escolar, sino su actitud y su comportamiento desmedido, violento y abocado, que lo llevarán al necesario e irremediable castigo final una noche fatídica, en la cual la mujer que murió de amor por él lo arrastra a la tumba en una escena trepidante y apocalíptica.

RUMBO AL SIGLO XX

Con el individualismo y el triunfo del yo, los tipos literarios —aún más aquellos asociados a un oficio o condición social concretos, como es el caso del estudiante—, van perdiendo su fuerza y los personajes adquieren características personales propias, independientemente de su función en la sociedad. A partir de este momento, ya no importará ser estudiante en sí, sino la historia propia que cada autor quiera conferir al personaje. Mientras ilustres como Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, habitan las aulas universitarias, la complejidad inherente a la literatura desde este siglo se extiende a nuestro cometido, por lo que tan sólo nombraremos algunos escritos de autores reconocidos.

1. En *Crimen y castigo*, la genial novela de Dostoievski, Raskólnikov es un estudiante, pero eso no lo define: tan sólo influye en el hecho de que es un intelectual trastornado. Desde el comienzo de la novela ha abandonado ya las aulas, pero la Universidad es el motivo de su presencia en San Petersburgo, donde conoció a otros personajes, etc. Dostoievski, refiriéndose al paso por la universidad del personaje, escribe que

Era notable que Raskólnikov, cuando estaba en la Universidad, apenas si tenía allí algún amigo; de todos se alejaba, no se trataba con nadie y no le gustaba que ellos le visitasen. Por lo demás, no tardaron ellos también en volverle la espalda. Ni en las

¹⁹ González, 1991, p. 222.

reuniones generales, ni en las discusiones, ni en los recreos, ni en cosa alguna tomaba él parte. Estudiaba con ahínco, sin dolerse de sí mismo, y por esto le respetaban, pero sin profesarle afecto. Era muy pobre, en extremo poseído de orgullo, y nada comunicativo; no parecía sino que ocultaba algún misterio²⁰.

Serán sus teorías, como intelectual que es, lo que le lleven a cometer el famoso asesinato... pero esto no es por ser un estudiante, sino simplemente por estar loco.

2. La novela *Retorno a Brideshead*, de Evelyn Waugh, por citar otro ejemplo, muestra un binomio de estudiantes: los amigos Charlie Ryder y Sebastian Marchmain, residentes de un *college* de Oxford. El adinerado Sebastian emplea su tiempo en fiestas, reuniones y escapadas, mientras Charlie presta algo más de atención al estudio. Además de mostrarnos estas dos actitudes, que van mucho más allá de la vida académica, Waugh se esmera por recrear fielmente el ambiente de los *colleges* de su *alma mater*.

El ambiente estudiantil y universitario sigue vigente en la actualidad y seguirá siendo recurso de ficciones. En 2008, por ejemplo, vio la luz una novela ambientada en la Universidad de Salamanca, *El manuscrito de piedra*, en la que el protagonista es Fernando de Rojas, el autor de *La Celestina*.

CONCLUSIÓN

En suma, hemos intentado realizar un bosquejo de cómo la literatura ha visto al estudiante universitario en distintas épocas, sabiendo que ésta es reflejo fiel del vivir y muestra siempre de un modo más rico la realidad. Como estudiantes universitarios, hemos querido ahondar en nuestra propia entidad a través de los ojos de la literatura, pues creemos que la ficción nos hace conocer más profundamente aquello que nos presenta, por encima de cualquier estudio, por erudito que sea. En conclusión, aunque los enfoques sobre el estudiante han variado y tanto la malicia como la idealización le han afectado, siempre está presente la idea de que quien estudia en la Universidad siempre es y será caminante de la senda del saber.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá Yáñez y Rivera, Gerónimo de, *Alonso, mozo de muchos amos (primera y segunda parte)*, ed. M. Donoso, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2005.
- Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, ed. J. M.^a Micó, Madrid, Cátedra, 2006, 7^a ed., 2 vols.
- Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas. Antología*, ed. F. López Estrada y M.^a T. López García-Bedoy, Madrid, Castalia, 1992.
- Arellano, I., *Historia del teatro español del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 1995.
- Arellano, I., y Eichmann, A. (eds.), *Entremeses, loas y coloquios de Potosí (colección del convento de Santa Teresa)*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2005.
- Calderón de la Barca, Pedro, *El médico de su honra*, ed. A. Armendáriz, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2007.
- Casalduero, J., «El estudiante universitario en la picaresca», en *La picaresca: orígenes, textos y estructura: Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*, coord. M. Criado de Val, 1979, pags. 135-39.
- Cervantes, Miguel de, *El Quijote*, ed. dir. F. Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005, 2 vols.
- *Entremeses*, ed. A. Rey Hazas, Madrid, Alianza, 2006.

²⁰ Dostoievski, F.M., *Crimen y castigo*, Barcelona, Planeta, 1998, p. 48.

- (atribuida) *La tía fingida*, ed. F. Sevilla Arroyo, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2005.
 - *Novelas ejemplares*, ed. J. García López, Barcelona, Crítica, 2005.
- Chaucer, Geoffrey, *Cuentos de Canterbury*, trad. y ed. J. L. Serrano Reyes y A. R. León Sendra, Madrid, Gredos, 2004.
- Chevalier, M., *Tipos cómicos y folklore: Siglos XVI-XVII*, Madrid, Edi-6, 1982.
- Coronas González, S. M., *Jovellanos y la universidad*, Gijón, Universidad de Oviedo / Fundación Foro Jovellanos, 2008.
- Deyermond, A., *Historia de la literatura española I. La Edad Media*, Barcelona, Ariel, 2003.
- Dostoievsky, Fiodor Mijaïlovich, *Crimen y castigo*, intr. C. Pujol y trad. R. Cansinos Assens, Barcelona, Planeta, 1998.
- Espronceda, José de, *El estudiante de Salamanca. El diablo mundo*, ed. R. Marrast, Madrid, Castalia, 1989.
- Fumagalli, A., «Cine y literatura», *Nuestro Tiempo*, 628, 2006, pp. 16-29.
- González, L., «El personaje del *Estudiante de Salamanca* en el teatro español del siglo XVII», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente. III*, Madrid, Castalia, 1991, pp. 221-39.
- Horacio Flaco, Quinto, *Epístolas; Arte poética*, ed. y trad. F. Navarro Antolín, Madrid, CSIC, 2002.
- Iyanga Pendi, A., *Historia de la Universidad en Europa*, Valencia, Universidad de Valencia, 2000.
- Jiménez Fraud, A., *Historia de la universidad española*, Madrid, Aguilar, 1971.
- Parker, A. A., «Aproximación al drama español del Siglo de Oro», en M. Durán y R. Echeverría, *Calderón y la crítica*, Madrid, Gredos, 1976, vol. 1, pp. 329-57.
- Quevedo, Francisco de, *Historia de la vida del Buscón*, ed. I. Arellano, 2007, 30ª ed.
- Ripa, Cesare, *Iconología*, trad. J. Barja, Y. Barja, R. M. Mariño Sánchez-Elvira, F. García Romero y prólogo A. Allo Manero, Madrid, Akal, 1996, 2 vols.
- Tirso de Molina (Fray Gabriel Téllez), *Don Gil de las calzas verdes. Marta la piadosa*, ed. I. Arellano, Barcelona-Kassel, PPU-Reichenberger, 1998.
- Vega, Lope de, *El bobo del colegio*, ed. J. San José Lera, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2001.
- *El caballero de Olmedo*, ed. I. Arellano y J. M. Escudero, Madrid, Espasa Calpe, 2007, 10ª ed.